



“Pasé cerca de una plazoleta, junto al Museo Conde Duque, en la que dos días antes había estado fotografiando a las bailarinas ...”

Valery Katsuba

Una bolsa verde llena del viento CRÓNICAS DEL CONFINAMIENTO
Madrid marzo - mayo 2020

TARDE O TEMPRANO
HISTORIA EN UNA FOTOGRAFÍA
UNA BOLSA VERDE LLENA DE VIENTO
EN LA OTRA ORILLA DEL RIO
POSDATA

TARDE O TEMPRANO

14 de marzo, 2020

Entre mis planes, estaba volar al día siguiente de Madrid a Mallorca para ver a un amigo jardinero y ayudarlo allí, en las extensas montañas junto al mar. "Primavera en Mallorca"- me imaginaba.

En la tarde de ayer, pensando en irme, corrí a entregar los negativos de la última sesión de fotos que hice (bailarinas como árboles de la primavera) al laboratorio de Luis, en el barrio de Malasaña. El barrio, habitualmente lleno, estaba bastante desierto, como en un fin de semana a mediados de agosto. Luis ya estaba comenzando a cerrar el laboratorio y, tomando los negativos a regañadientes, dijo que tarde o temprano los escanearía. Después de despedirme de él, decidí caminar hacia el metro, a la estación de Chueca.

El sol calentaba el aire de marzo y el día era muy agradable. Pasé cerca de una plazoleta, junto al Museo Conde Duque, en la que dos días antes había estado fotografiando a las bailarinas, e igualmente estaba vacía. La sensación de un fin de semana en agosto seguía permaneciendo también en el metro. Solo los pasajeros en el tren estaban inusualmente silenciosos, a excepción de un par de personas: un chico rubio y una mulata del Salvaje Oeste, o más bien de Los Ángeles - LA, ya que estaba indicado en las etiquetas de equipaje de sus maletas. "Esos son recién llegados a la ciudad", entendí. Solo ellos en el tren hablaban animadamente y se reían. Les estaba observando igual que a los otros pasajeros del metro, dos de los cuales llevaban máscaras de gas en sus rostros, y una señora sostenía la barandilla de metal a través de una servilleta. Cambié un poco mi plan.

Al salir del metro decidí, antes de ir a casa, pasarme a ver a un amigo en su cafetería cerca de Madrid Río para escuchar más noticias. También se suponía que una amiga inglesa debía ir allí, pero tardaba en llegar por algún motivo. La llamé y ella dijo que había estado esperando en la cola para comprar tabaco en su propio barrio, Vallecas, durante media hora. Me sorprendió lo que me contó y recordé que también yo tenía que comprar cigarrillos.

Quedé con mi amiga en reunirnos más tarde y cuando me dirigía a casa, por el camino vi una cola de gente esperando para entrar en un estanco de tabaco. Me coloqué en ella y allí pregunté a la gente por qué de repente en Madrid había una fila así de larga para comprar tabaco. Me dijeron que había cola porque Madrid estaría en cuarentena a partir del día siguiente, y que solo las farmacias y los supermercados funcionarían, y todo Madrid, incluido yo, tendría que quedarse en casa y salir solo si fuera necesario, para comprar comida e ir a la farmacia.

- ¿Y durante cuánto tiempo? – Pregunté. Y me contestaron que al menos dos semanas, e incluso más.

- ¿Quedarme en casa durante dos semanas? - En mi voz hubo confusión y la información no cabía en mi cabeza. Y un chico desde la cola, creo que un albañil, con enormes y pobladas pestañas, me respondió que se comentaba que los que deambularan por la ciudad sin necesidad serían multados, ¡Y con una buena multa! Empecé a preocuparme, pero intenté reponerme y resolver los problemas uno por uno cuando fueran llegando.

Compré cigarrillos y allí mismo recibí un SMS de amigos confirmando que al día siguiente la ciudad estaría cerrada por cuarentena. Me apresuré a llegar casa mirando el reloj: las siete de la tarde. Alrededor de las diez de la noche, el último avión a Mallorca. Escribí a mi jardinero-amigo en Mallorca y él respondió que, incluso si yo lograra volar, tendría que permanecer en su casa durante dos semanas sin salir a ningún lugar.

Me di cuenta de que era demasiado tarde para apresurarme y decidí ir al supermercado y comprar comida. En el supermercado también había grandes colas, a excepción de la sección del pescado. Me llevé pescado fresco para hacer sopa y decidí que compraría todo lo demás al día siguiente, aclarando antes con el guardia de seguridad que la tienda estaría abierta y que podría salir para a comprar alimentos.

Regresé a casa, preparé la sopa de pescado y por la noche volví al bar de mi amigo en Madrid Río, donde ya estaba mi amiga inglesa. Hablamos de lo que estaba sucediendo en la ciudad, en la terraza del bar, fumando. Comentamos que sería difícil para nosotros quedarnos en casa todo el tiempo, empezamos a preocuparnos, y de repente yo vi una farmacia al lado de nuestro bar y le dije a mi amiga:

- Mira, aquí hay una farmacia y de vez en cuando tú y yo, poniéndonos de acuerdo de antemano, podemos encontrarnos en ella!

Poco después nos despedimos. La inglesa saltó al autobús, dirigiéndose a su casa en Vallecas, y yo me fui a casa caminando a lo largo del río, y solo en este momento comprendí el significado de la respuesta de Luis, del laboratorio, sobre los negativos, “tarde o temprano te los escanearé”.

Y hoy es el primer día que permanezco en casa.



" ... el cuarto día,
recordé la historia de
una fotografía en la
que aparecemos
mi amigo,
el artista Vladik
Monroe, y yo, con
una bella modelo ..."

HISTORIA EN UNA FOTOGRAFÍA

17 de marzo, 2020

En la cuarentena domiciliaria, el cuarto día, recordé la historia de una fotografía en la que aparecemos mi amigo, el artista Vladik Monroe y yo, con una bella modelo cuyo nombre no recuerdo. Estamos sentados en una casa de campo, a unos 70 kilómetros de San Petersburgo, en la aldea de Rozhdestveno, en "Monplaisir", así llamaba a esa pequeña casa de madera en el río Oredezh mi amigo Vladik. Era septiembre y el año 2002, creo.

Vladik se encontraba en Petersburgo sin casa y nos preguntó a Yura Vinogradov y a mi si él podía quedarse con nosotros en el piso que mi amigo Yura y yo estábamos alquilando en el centro de la ciudad, en la calle Rubinstein. En aquel momento no era muy cómodo para nosotros, y Yura sugirió que Vladik viviera en Monplaisir, nuestra finca en el campo. Como era septiembre, hacía un clima maravilloso: el follaje comenzaba a dorarse en los árboles, había niebla por las mañanas, una chimenea en la casa ... A Vladik Monroe le pareció bien, y Yura lo llevó a Rozhdestveno.

Y sucedió que un par de semanas después, la revista The Times llegó a Petersburgo para hacer fotografías de moda de "estilo rural" y Yura y yo fuimos invitados a producir esta sesión de fotografía. Sin pensarlo dos veces, llevamos al equipo de The Times a Rozhdestveno. Llegamos por la mañana. La niebla todavía se extendía por los campos de tierras bajas desplegándose hacia el río, al tiempo que resplandecía el color escarlata de los racimos de bayas de serbal pendientes de los árboles, y en el jardín de Monplaisir las frutas caían de los ciruelos. Nos detuvimos en su entrada y lo atravesamos hasta llegar a la casa.

La puerta de la valla estaba abierta y en el aire transparente, tranquilo y ligeramente fresco de la mañana de otoño, acomodado en el pequeño porche, vimos a Vladik. Estaba sentando en una modesta silla y bebía té en una mesa cubierta con un viejo hule, en el cual había manzanas de un árbol vecino, ciruelas del jardín de Monplaisir y unos rayos de luz solar que caían de las ventanas romboidales sobre la mesa.

Nosotros, un séquito bastante pintoresco, nos acercamos a la puerta abierta de la valla y saludamos en voz alta al "aldeano". Vladik al principio nos miró con desconcierto, luego en sus ojos apareció algo, digamos como una turbación. Murmuró palabras parecidas a un saludo y desapareció. Lo buscamos en vano por la casa, por el jardín... No lo encontramos, y comenzamos la sesión de fotografía.

Unas horas después, apareció Vladik y, al acercarse a nosotros, dio algunas explicaciones:
- Perdonadme por desaparecer. Me he vuelto salvaje aquí durante este tiempo de confinamiento en Monplaisir. Me he vuelto salvaje ...

Al final del día, Vladik ya se estaba comportando como el dueño de Monplaisir y nos invitó a tomar té y fruta, contando historias de su soledad en el campo.



“Abrí la puerta justo cuando Kostas llegaba con su carga al hombro.”

UNA BOLSA VERDE LLENA DE VIENTO

4 de abril, 2020

Después de tres semanas de cuarentena, Madrid se mostraba ayer sensiblemente más alegre. Habían pasado los días de lluvia y brillaba el sol.

La jornada comenzó cuando Kostas, un rumano, llegó con la bombona de butano. Es un chico muy agradable. Trae el gas a mi comunidad y parece que disfruta educándome, como si fuera mi hermano mayor. Dice, por ejemplo, que me entregará el gas de once a una y por lo general no aparece en este intervalo. Si le llamo cuando casi es la una, él me responde que tengo que aprender a tener paciencia. Y así es cómo esto se ha convertido en una tradición para nosotros, la formación dura ya dos años.

Sin embargo, ayer Kostas llamó al interfono exactamente a las once en punto. Yo todavía estaba en la cama. Me levanté rápidamente, me vestí y me apresuré a sacar de la cocina la bombona vacía que debía ser reemplazada por una llena. De repente recordé que el día anterior no había comprado guantes. "No causaré una buena impresión en mi maestro" - pensé.

Recorrí el apartamento tratando de encontrar una solución al problema, y vi sobre el escritorio guantes blancos de algodón de los que uso para trabajar con los negativos. Me los puse sin perder un momento y arrastré la bombona vacía hasta la entrada. Abrí la puerta justo cuando Kostas llegaba con su carga al hombro. Vestía su uniforme, guantes y una mascarilla. A juzgar por la expresión de sus ojos mientras subía las escaleras, él también pensaba en la impresión que me causaría. Estaba claramente orgulloso de sí mismo. Alabé su apariencia y le pedí permiso para hacerle una fotografía. Kostas posó con placer.

A mediodía bajé a comprar pescado. El mercado estaba bastante animado, y aún así la gente intentaba mantener la distancia. Los vendedores de pescado estaban detrás de sus puestos elevados, alejados de los clientes, y no llevaban mascarilla. Su aspecto y su actitud eran los de unos hombres de negocios seguros y confiados, inspiraban calma diciendo por su comportamiento que, a pesar de todo, la vida continuaba y la paciencia y el trabajo estaban dando su fruto.

Durante tres semanas de cuarentena, me he dado cuenta de dos cosas: tengo que salir de casa al menos dos veces al día para comprar pescado o ir al banco, o para comprar fruta y tal vez ir a la farmacia, la segunda es que necesito trabajar la respiración.

Así que por la tarde, cuando la noche comenzaba a caer sobre Madrid, cogí una bolsa de tela verde y fui a comprar naranjas. Mientras caminaba por la calle, pensaba en la propuesta que un periodista me había hecho unos días atrás: se había ofrecido a entrevistarme y, al mismo tiempo, promocionarme como artista. Se suponía que la entrevista trataría sobre la cuarentena en Madrid y sobre la difícil situación que se vivía en la ciudad. Todo tenía que parecer muy dramático. Yo no veía mucho drama en mi confinamiento en casa ni en los paseos a las tiendas, y no quería hablar de algo que no estaba viviendo. El periodista perdió interés en mí y no volvió a llamar.

Recorrí el Paseo de Extremadura en dirección al río Manzanares y al Puente de Segovia, desde donde puede verse el Palacio Real. En aquella ocasión, me detuve cerca del puente para tomar una foto de la vista antes de continuar hacia la frutería que está al lado para comprar naranjas. Así lo hice: la fotografié y fui a la tienda, pero estaba cerrada.

Entonces me di cuenta de que de vez en cuando unos coches de policía pasaban por el Paseo de Extremadura. Y yo estaba deambulando por la calle con la bolsa vacía, sin una sola naranja (para nosotros los madrileños pasear por la calle sin un motivo justificado todavía no está permitido). En ese momento se levantó el viento y sopló de tal modo que llenó mi bolsa verde. Parecía un pequeño paracaídas. Daba la impresión de que yo había intentado hacer la compra, pero sin encontrar el producto correcto.

De ese modo llegué a casa con una bolsa llena de viento. En cuanto entré, recibí la llamada de una periodista que trabaja en una reputada agencia internacional de noticias. Quería proponerme hablar sobre la situación en Madrid y, al parecer, estaba dispuesta a darme un honorario por este trabajo. Yo le dije que todo lo que podía contar era cómo estaba viviendo la cuarentena yo. Cómo la estaba llevando a cabo un artista conocido / poco conocido / muy conocido (cualquiera de las opciones era buena) en Madrid.

- ¿Sobre qué podrías hablar, por ejemplo? - Preguntó la periodista.

- Por ejemplo, sobre una bolsa verde llena de viento – respondí.

- Esto no es suficiente, - replicó la periodista, - necesitamos intensificar las circunstancias!

- ¿Por qué hay que intensificar?

- ¡No publicarán la entrevista si solo hay una bolsa verde con viento y sin nervios! – Sonaba decepcionada.

- Hmm, bueno, piensa en ello y vuelve a llamar si lo consideras conveniente, - le respondí.

- Sí, pensaremos en ello, - me dijo. Pero en su voz ya no había ningún interés en mí.

“.. ¡aunque siempre nos queda una hermosa vista!”



EN LA OTRA ORILLA DEL RÍO

19 de abril, 2020

Ha pasado otra semana más de la cuarentena – la cuarta. Anoche salí de casa y, siguiendo la tradición, fui a la frutería del Paseo de Extremadura, que está a quince minutos a pie de donde vivo y cierra a las nueve. Solo esta tienda y la panadería de Víctor y Pilar, que está al lado, cierran tan tarde en mi área. Voy todas las tardes-noches. Cuando llego a ellas, el anochecer está cayendo sobre Madrid, y cuando regreso a casa, llega la noche: es hora de hacer una pequeña cena, hablar con amigos e ir a la cama.

Ayer llovió en Madrid, era sábado. Después de los aplausos de las ocho, cuando los residentes se asoman a las ventanas de las casas o salen a los balcones y aplauden durante unos siete minutos en agradecimiento a los médicos, salí de casa. La ciudad estaba completamente vacía. Bajo un paraguas transparente, llegué al Paseo de Extremadura. Este paseo es el lugar más hermoso del barrio. Allí crecen los árboles y termina con la vista del Palacio Real.

El Palacio Real se encuentra en un cerro alto, al otro lado del río Manzanares. Y el área de Puerta del Ángel, donde vivo, en siglos pasados era el lugar en el que se asentaban los campesinos. Y crecían en estas tierras frutas y verduras, según tengo entendido, para ser entregadas al otro lado del río, donde se encuentra el Palacio. Ahora, cuando de acuerdo con las reglas del confinamiento los residentes de Puerta del Ángel no podemos cruzar el río, estoy mirando hacia el Palacio Real, que se eleva en la orilla opuesta, como probablemente lo miraban en los viejos tiempos los campesinos que cultivaban los huertos y lavaban la ropa en nuestra orilla del río.

Ayer decidí cambiar un poco mis hábitos: comprar primero comida, y luego tomar una foto del Palacio al otro lado del río. La frutería todavía estaba abierta. Pablo, que así se llama su dueño, y creo que se mudó a Madrid desde Colombia, hablaba por teléfono. Le dijo a alguien que “costaría 20 euros y 33 céntimos”. Terminó la conversación y se volvió hacia mí:

- Eres el último en venir de nuevo! - Así saludó. - Estoy a punto de cerrar.

- Buenas tardes, Pablo. - Respondí y pregunté:

- ¿Así que todavía tengo tiempo para comprar patatas y naranjas, o es mejor que vuelva mañana?

- Buenas tardes! - Respondió Pablo - Sí, todavía hay tiempo, elige lo que necesites.

Apresuradamente arrojé patatas y naranjas en las bolsas e intenté ir al mostrador, detrás del cual se encontraba Pablo para cobrar. Sin embargo, el camino hasta Pablo estaba bloqueado por bolsas llenas de víveres, como si alguien las hubiera dejado por un corto tiempo y pronto pretendiera regresar.

Desde hace cuatro semanas, todas las tardes-noches suelo ir a la tienda de Pablo, pero todavía no entiendo qué actitud tiene el vendedor y dueño de la frutería hacia mí. Hoy, por ejemplo, Pablo estaba de alguna manera nervioso. Sin embargo decidí no tomarlo de manera personal, sino hacer compras rápidamente e irme a casa.

Después de pasar por encima de las bolsas llenas de comida, puse las patatas y las naranjas frente a Pablo en el mostrador. Y de repente me miró con una mirada completamente amigable e incluso traviesa. Así que al final me di cuenta de que la actitud de Pablo hacia mí era buena. Luego puso las patatas en la balanza y agregó las naranjas allí mismo, ya que todo estaba a 99 céntimos el kilo y era posible pesarlo junto. Sin embargo, no se apresuró a pronunciar el coste de mi elección y en su lugar dijo:

- Escucha! ¿Podrías vigilar la tienda por unos minutos? Necesito alejarme para entregar los productos a una señora mayor que vive en una casa vecina.

- Por supuesto, Pablo, la vigilaré, - respondí.

Pablo tomó la mitad de las bolsas del piso y corrió hacia el portal del edificio vecino. Me quedé de pie, en la entrada de la tienda para vigilarla.

Cuando regresó, Pablo me dio las gracias y me explicó que las bolsas restantes eran para otra señora mayor que vivía lejos y que todavía no comprendía cuándo podría llevárselas ...

- ¿Cómo de lejos? - Pregunté

- A cinco minutos de aquí.

- Ve, Pablo! – Dije, - yo vigilaré la tienda.

- ¿En serio? - Pablo comenzó a mostrarse aún más simpático.

- ¿No tienes prisa? - De nuevo, por si acaso, preguntó.

- No tengo prisa, - respondí - ¿A dónde iba a ir, Pablo?, ¡Ve rápido y no tardes en regresar!

Pablo agarró las bolsas restantes, me echó el último vistazo y dijo:

- ¡Solo una cosa, no dejes entrar a nadie!, A nadie!

Salió de la tienda y, antes de cruzar la calle, se detuvo debajo de una farola y al lado de un árbol de hojas verdes que susurraban al viento. Y en este momento me di cuenta de que las bolsas de fruta y verdura para la señora mayor que Pablo estaba sosteniendo en sus manos, eran de un verde igual que el del follaje del árbol y que el de mi bolsa de tela con la que suelo ir de compras.

Me quedé de pie, en la entrada de la tienda, escuchando la música de una discoteca proveniente de los balcones que hay un poco más abajo en el Paseo, cerca del Puente de Segovia, y que todas las noches de fin de semana organiza una DJ para los vecinos. Y pensaba; pensaba que si algún comprador viniera de repente, ¿cómo no iba a dejarlo entrar a la tienda? Y justo en ese momento un coche se detuvo cerca de la entrada. Un joven grande salió de él y se dirigió hacia mí. Yo, apoyándome en la jamba, miré al hombre y dije:

- Perdona, señor, hay que esperar.

- Bien, - respondió el hombre, y se puso detrás de mí como si estuviera haciendo cola, manteniendo la distancia.

Me sorprendió la facilidad con la que había podido organizar una cola y pensé: “¡Qué fácil es organizar colas durante estos días en Madrid!”

Pronto regresó Pablo.

- Bueno, aquí estoy, amigo! - Así es como ahora comenzó a llamarme, y me dio las gracias.

Le dije adiós, tomé la compra y me fui a casa, en el inicio de la noche. Y por el camino, paseando, pasé por debajo de la discoteca de los balcones del Paseo de Extremadura, en nuestro lado del río, desde donde se aprecia el magnífico Palacio Real de manera óptima. La chica DJ anunció desde su ventana, a través del micrófono, que iba a poner la última canción del día. Y en este momento apareció una ambulancia en el Paseo y comenzaron a gritarle “¡Gracias!” desde las ventanas de los edificios. La ambulancia, señalando en respuesta, giró hacia una de las calles contiguas al Paseo, y el sonido moribundo de su sirena fue reemplazado por el de las sirenas de una caravana de coches azul oscuro de policía que se dirigía hacia el Palacio.

Desde uno de ellos, a través del altavoz, también agradecieron su gratitud a los que estaban en los balcones y a todos los demás que miraban por las ventanas. Habiendo ganado velocidad, la caravana cruzó el puente y ya se la veía cerca del Palacio.

A nuestro lado del río empezó a sonar una alegre melodía latinoamericana. Y la mayoría de los que bailaban en dos o tres edificios, a ambos lados del Paseo, en los balcones y ventanas, se giraban hacia el Palacio Real, levantando sus manos como si saludaran al casi ahora inaccesible Palacio Real y a la histórica ciudad del otro lado del río, o como si les desearan las buenas noches. Fotografíe el Palacio y, tomando una de las pequeñas calles frente al río, seguí camino a casa.

A la mañana siguiente engañé un poco a Pablo, aunque difícilmente se puede llamar a esto traición. En primer lugar, porque era por la mañana, y, en segundo lugar, porque fui a una tienda de marroquíes a comprar productos que Pablo no pide para sí mismo: eneldo y cilantro. Igualmente, fui para cambiar un poco de ambiente: me gusta la flexibilidad de los marroquíes en el comercio. De hecho, por ejemplo, al comienzo de nuestro regateo me ofrecieron un manojito enorme, era más como una gavilla de eneldo y otra del mismo tamaño de cilantro.

- ¿Y no se puede comprar medio manojito de eneldo y medio de cilantro? - Pregunté.

- Solo vendemos manojos completos, - dijo el vendedor.

A lo que respondí:

- Y yo soy de Rusia.

Abduli, que así se llamaba el vendedor, comenzó a examinarme con interés y reverencia.

- Y allí en Rusia, - continué - incluso ofrecen tres tipos de hierba en un solo manojito.

- ¿Cómo es eso? - Abduli parecía interesado.

- Es así, - en un manojito hay eneldo, cilantro, y perejil. Y es muy cómodo, - terminé la historia.

Abduli, se quedó unos segundos ensimismado, profundamente ensimismado, yo diría. Fijó su mirada en un manojito de eneldo que sostenía en su mano y permaneció como congelado. Incluso comencé a lamentar haberle contado mi historia, cuando Abduli se despertó y dijo:

- Bueno, te venderé mitad de manojito y mitad de manojito. - Corrió a algún lugar y regresó con un manojito en el que había eneldo y cilantro juntos.

Le di las gracias y le pregunté:

- Dime, Abduli. ¿Qué piensas sobre cuándo nos van a permitir cruzar hacia el otro lado del río?

- Espero que en un par de semanas, - respondió y agregó, mirando hacia el Palacio, -

¡aunque siempre nos queda una hermosa vista!

POSDATA

24 de abril, 2020

Hoy, tras seis semanas de cuarentena, he salido de casa a mediodía para ir al banco y he pasado cerca de un pequeño solar urbano que en estos días de abril más se asemeja a un prado rural. Ir al Banco S., a pesar de la posibilidad de dar un paseo, no era mi “entretenimiento” favorito. Y, solo la presencia en el camino del pequeño solar con altas hierbas en el que crecen margaritas y amapolas, me daba fuerzas. Sabía que, después de la cita con los empleados del banco, me esperaba el pequeño solar donde hay un árbol creciendo en el centro que tiene una rama desnuda en la que siempre hay posado un pájaro, y en cuyo terreno hay flores que me recuerdan a mi aldea natal. Flores entre las que un día había recogido un ramo que me llevé a casa.

Así pues, salí de casa. El sol, digamos que ya calentaba, y era evidente que había llegado la verdadera primavera y que el verano estaba a punto de comenzar. Corrí colina abajo desde mi casa a una calle más o menos comercial que conduce al parque, luego al solar y al banco, y me llamó la atención un tipo alegre con camiseta de manga corta, de fuertes músculos, que llevaba algunos recibos en la mano. Aquel tipo, al verme, sonrió más todavía y se apresuró a saludarme. Reconocí en él a mi amigo cubano Manuel, que vive en esta calle más o menos comercial. Mi amigo, que estaba regocijado, o por el calor, o por encontrarse conmigo, aunque es muy probable que no necesitara razones especiales para estar alegre, me dio un ligero codazo en señal de saludo y, guiñando un ojo, dijo:

- ¡No te he visto desde tu partida a México!, ¿Cómo era México?, ¿Amores? Ah, amores - amores ...!

3 de mayo, 2020

Ayer, en la tarde noche del 2 de mayo, como era costumbre, me preparé para ir de compras. Salí corriendo a la calle y en el primer momento comencé a notar fenómenos inusuales. Y, al entrar en el Paseo de Extremadura, me detuve atónito. Allí no había rastro de mi vida anterior que duró casi dos meses, cuando cada persona que se podía encontrar en la calle era una rareza y despertaba en sí mismo un interés genuino, y cuando por las noches el Paseo parecía pertenecer solamente a mi, al vendedor de fruta Pablo y a los panaderos Víctor y Pilar. La vida anterior se acabó de la noche a la mañana y todo ya era diferente. Ayer, desde las ocho de la tarde hasta las once, permitieron salir a pasear por la ciudad, y en mi Paseo de Extremadura había ayer la moderada festividad de un fin de semana, que me recordaba a las promenades en la vida de una ciudad grande y anterior a las cafeterías con terrazas y clubes, o a un paseo marítimo en la tarde-noche, o a una temporada alta en un resort unos 30 años atrás .

Esta sensación se intensificaba a medida que me acercaba al río a donde estaba bajando, pensando que nunca había visto mi Paseo de Extremadura tan lleno de gente y con un público tan inusual, del que en una parte no llevaba mascarillas, incluidos los ciclistas que pasaban por las calles, y del que otra parte estaba con mascarillas de gasa blanca, y con ellas algunos se tomaban selfies con la vista del Palacio Real al fondo.

Había, por supuesto, excepciones como, por ejemplo, parejas exponenciales caminando en escudos de plástico transparente que protegen la cara. O un sudamericano que estaba hablando, ya al lado del Puente de Segovia, con un compañero español, y mientras conversaban, el sudamericano seguía ajustando en su boca y un poco en la nariz un antifaz para dormir color marrón...

Entre el público ambulante, crucé el Puente de Segovia al otro lado del río, grabé un pequeño video allí para las redes sociales y me fui a casa. Sobre el río, el Palacio Real y mi barrio de Puerta del Ángel, estaba cayendo una cálida noche madrileña casi veraniega, en la que se escuchaban los gritos de los pavos reales de los jardines del Palacio y las conversaciones de jóvenes que caminaban misteriosamente junto al río.

“... y de este solar,
un día, recogí
un ramo y
lo traje a casa.”

